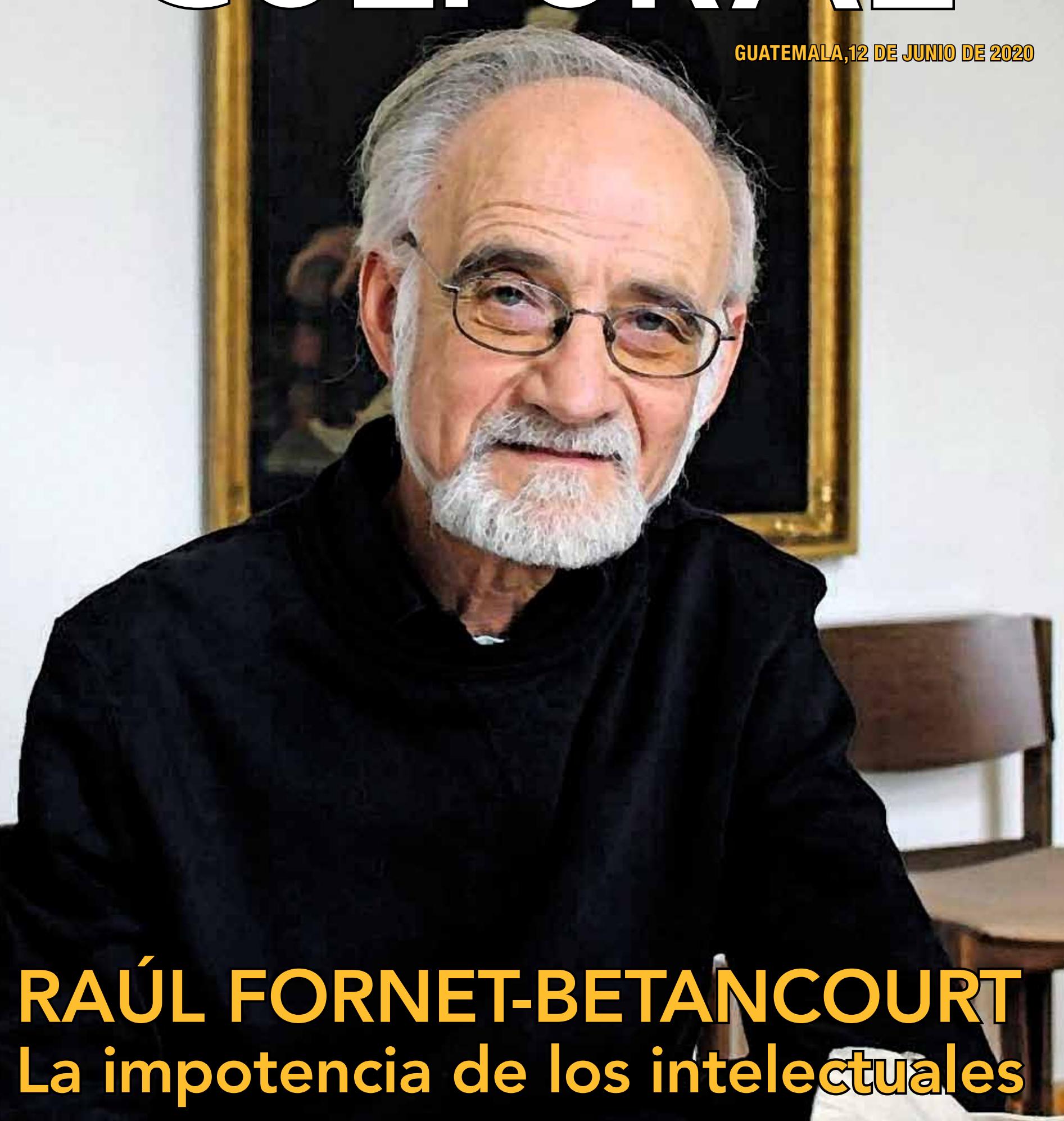


SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 12 DE JUNIO DE 2020



RAÚL FORNET-BETANCOURT
La impotencia de los intelectuales

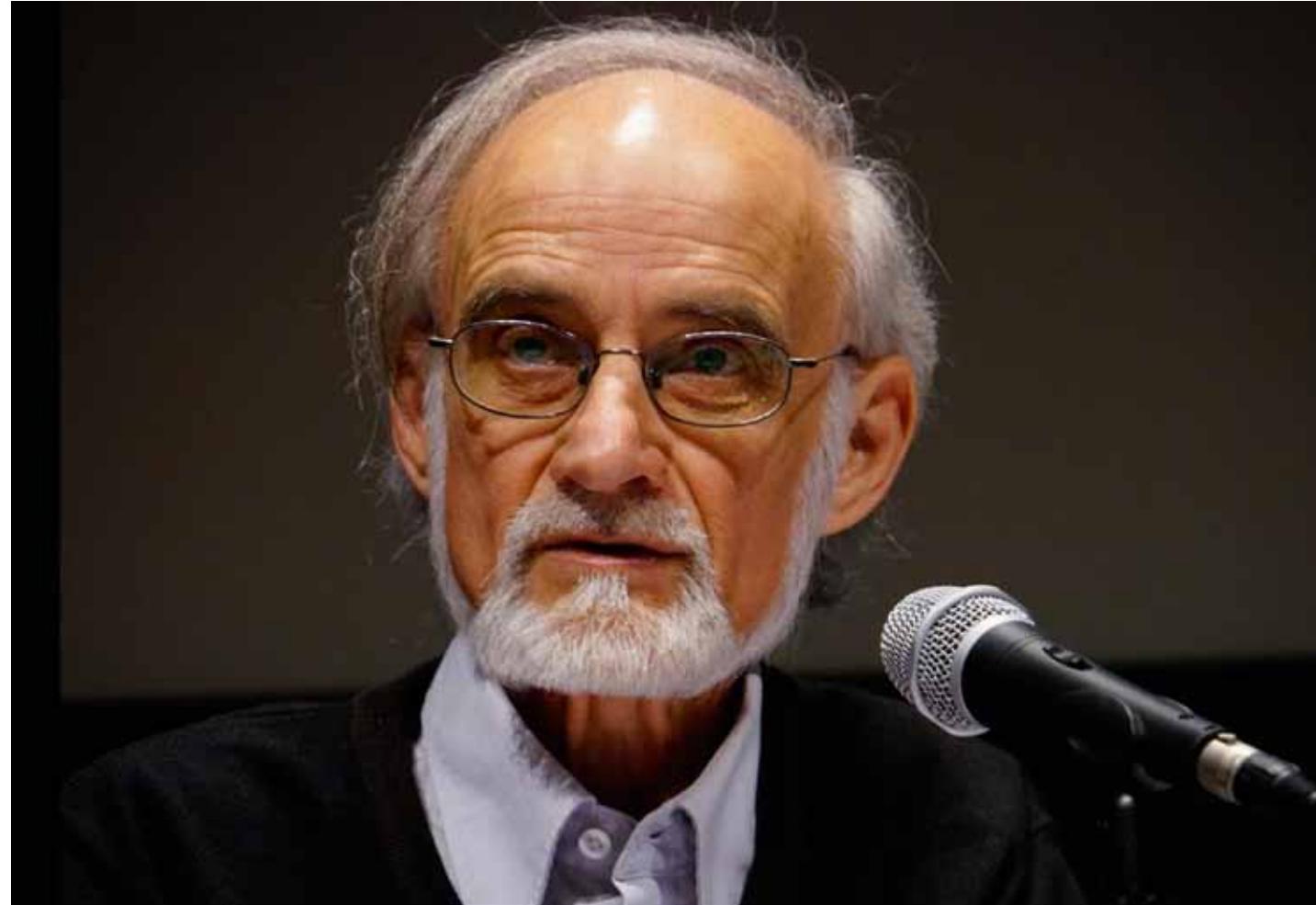
PRESENTACIÓN

El texto que presentamos de Raúl Fornet-Betancourt se inscribe dentro de una meta crítica filosófica que se impone tras la avalancha de reflexiones ofrecidas por filósofos de todos los rincones del planeta. Nuestro pensador, al tiempo que hace un balance de esas contribuciones generosas (improvisadas y a veces cajoneras), cuestiona la actitud profética de algunos que pretenden arrogarse facultades particulares para "iluminar" y "guiar" a los perplejos.

Su crítica es oportuna porque constituye un llamado a la honestidad intelectual de los obreros del pensamiento y de los que se dedican también a la actividad de la producción de ideas (dígase periodistas, profesores e investigadores). Asimismo, es la invitación a un examen ético que reorienta el ejercicio profesional iniciado por la industria de consumo y la presión de una cultura que impone sus propios valores.

Sobre "la impotencia de los intelectuales", el filósofo observa los límites analíticos de los planteamientos filosóficos afectados tanto por el "ubi" de sus investigaciones (realizadas particularmente en universidades o centros de estudios alejados del mundo "real"), como por ese distanciamiento que no permite el acceso a la experiencia o, mejor aún, a una vuelta a nuestros contemporáneos.

"La búsqueda de nuevos lugares que remedien nuestra frecuente impotencia para hablar (¡con peso de vida!) de los problemas que afectan la vida y la convivencia humanas, debe ser acompañada también por un giro que complementa nuestra "vuelta a las cosas mismas" con una vuelta a nuestros contemporáneos. Pues como interlocutores vivos nos son indispensables para comprender, por ejemplo, que lo "esencial" para el sentido de una vida puede darse también en el rato de descanso tomando aire fresco al lado de la colega enfermera con la que se han pasado horas al cuidado de un paciente o en el compartir la pausa del cigarrillo con el "copain" con el que se limpia una estación de trenes".



LA PANDEMIA DE ENFERMEDAD POR CORONAVIRUS, O DE LA IMPOTENCIA DE LOS INTELECTUALES

RAÚL FORNET-BETANCOURT

Escuela Internacional de Filosofía Intercultural
Aachen/Barcelona

Muchos son los gestos de solidaridad que impresionan actualmente en la reacción de la humanidad frente a la pandemia de enfermedad por coronavirus. Uno de ellos es la toma de la palabra por parte de los intelectuales.

los casos pronósticos de cara a las graves consecuencias que puede traer consigo este, nunca mejor dicho, "acontecimiento viral" para el futuro de la vida de la humanidad y del planeta tierra.

Para la contención de la pandemia y la sanación de la enfermedad por el coronavirus este hecho es, seguramente, poco relevante. Y, por supuesto, también se podrá dudar de su fuerza para influir en el cambio real del "curso de las cosas" en nuestras sociedades. Sin embargo pienso que, al menos para nosotros los que nos consideramos "intelectuales", merece la pena fijarse en este hecho. La reflexión que sigue es un intento de explicar porqué.

Considerado como testimonio de compromiso y responsabilidad el hecho de que los intelectuales tomen la palabra ante

la actual crisis, merece, sin duda alguna, alabanza y reconocimiento. Pues pareciera dar fe de que los intelectuales de hoy, y especialmente los filósofos entre ellos, se esfuerzan por desmentir con su pronta participación en el presente debate aquel veredicto famoso de su colega Hegel que sentenciaba que la filosofía, en razón de la propia tarea que la define (ser el pensamiento de su tiempo), llegará siempre tarde para decir cómo deba ser o por dónde deba ir la realidad en su curso histórico.

Es, además -creo que esto también se puede reconocer-, un hecho cuyo mérito no se vería menguado ni siquiera en el caso de que se mostrase que responde y corresponde a la lógica de una de las características estructurales más determinantes de nuestra época actual. Me refiero, dicho

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

con una metáfora, a esa “presión ambiental” hacia la “presencia” global y rápida que genera en gran medida la digitalización de los procesos sociales y de la comunicación y que, al estilo de un nuevo y más riguroso “imperativo categórico” que el kantiano, impele hoy, también a los intelectuales, a posicionar de manera veloz sus voces en los foros de opinión, para “ser y permanecer visibles”.

Pero en esta breve reflexión no me interesa ponderar el mérito que pueda tener realmente la participación masiva de los intelectuales en el debate público de la crisis del Covid 19, como tampoco detenerme en juzgar las explicaciones a las que se pueda o deba remontar este hecho.

Me interesa más bien preguntarme por lo que este testimonio de compromiso intelectual evidencia sobre sus propios sujetos, a saber, la llamada “scientific community”, aquí entendida especialmente como comunidad de analistas sociales, filósofos y teólogos. Esto es precisamente lo que he querido indicar con el título escogido para esta reflexión, al resumir con él la impresión de que, con sus análisis y opiniones, los intelectuales “dejan ver”, aunque sea mediante el rodeo de sus tomas de posición sobre la pandemia actual, algo de sí mismos o, dicho más concretamente, del estado de *suspensión* en que queda su propio pensamiento ante la crudeza de esta crisis. Explico mi impresión.

Leyendo obras que, a mi manera de ver, se pueden tener por representativas de esta toma de la palabra por parte de intelectuales de diferentes regiones del mundo ante la pandemia actual, por ejemplo, las compilaciones de textos publicadas bajo los títulos de *Sopa de Wuhan*¹, *Covid 19*² o *Capitalismo y Pandemia*³ –las tres disponibles en las redes sociales–, he tenido la impresión de que, salvo muy escasas excepciones, las opiniones de los autores que en ellas escriben, son consideraciones que ponen en evidencia su impotencia o perplejidad; y que en este sentido parecen decir más sobre el estado intelectual en que se encuentra el pensamiento mismo de dichos intelectuales, que sobre la situación de la crisis y el modo cómo es sobrellevada por la gente en su vida cotidiana.

Así la pregunta que apuntaba antes como motivo y justificación de esta reflexión, la pregunta de qué dice sobre los mismos intelectuales lo que éstos dicen acerca del Covid 19, recibiría, pues, la paradójica respuesta de que este testimonio de compromiso intelectual se revierte por su parte en contra de sus sujetos al “dejar ver” lo impotente que se muestra su pensamiento ante el desafío que la actual pandemia del Covid 19 representa para nuestras formas de vida.

Trataré ahora de justificar esta impresión o respuesta con unas breves observaciones. Y, con la intención de prevenir cualquier malentendido, me permito intercalar aquí que las presento como sugerencias para reflexionar autocriticamente sobre el estado intelectual en que nos encontramos hoy los intelectuales, y no por ansias pedantes de polémica. En otras palabras, las consideraciones que siguen no buscan pronunciar un “yo acuso”, sino invitar a una autocritica colectiva que nos haga recapacitar a los intelectuales sobre la forma en que “desempeñamos” nuestro “oficio” y preguntarnos si no haríamos bien, por el beneficio de la humanidad, en buscar formas más auténticas de practicarlo.

En primer lugar quiero destacar que mi impresión se basa en la sorprendente constatación de que autores

que son reconocidos por la comunidad científica internacional como autoridades y referentes indiscutibles en sus respectivas disciplinas, tanto al analizar las causas del Covid 19 como al proponer alternativas ante la nueva situación, lo hagan, en lo esencial de sus afirmaciones, repitiendo ideas largamente conocidas, es más, ideas que desde hace mucho son verdaderos lugares comunes del pensamiento crítico (y del no tan crítico también!). ¡Y ello con cierto gesto de decir novedades! Por ejemplo, ideas como la de que el capitalismo tiene límites, o de que la propagación del individualismo liberal y posesivo ha significado la ruina del sentido comunitario, o de que vivimos la crisis de una civilización consumista que ha agudizado hasta lo insostenible la destrucción masiva de la naturaleza, o de que, como consecuencia de ese modelo de civilización, se han minado las bases del equilibrio de la vida; o, acaso como horizonte común de todo lo anterior, la idea del antropocentrismo patriarcal y narcisista occidental como fondo último de la crisis actual. Y se podría añadir todavía, a un nivel más existencial, el “descubrimiento” de la idea de que la vida del ser humano está caracterizada por la vulnerabilidad de su constitutiva condición finita; y que ha llegado, por tanto, la hora de centrar el orden de nuestras sociedades en los valores del cuidado mutuo y del bien común.

Evidentemente la sola repetición de ideas que se consideran justas o el recurso a tradiciones de las que se piensa que conservan hoy todavía un potencial crítico orientador, no son por sí mismos ningún signo de impotencia. Al contrario, pueden ser un signo de humilde sabiduría. Por ello preciso que la sensación de impotencia que ha causado en mí ese recurso se explica más bien, y fundamentalmente, por la manera en que se utiliza dicho recurso. Dejo aquí, pues, a un lado la cuestión de la valoración de la presunción de novedad, para retener de mi impresión que el recurso parece hecho para cumplir la función de sustituir el *esfuerzo de poner atención y permanecer atentos* a lo que realmente está saliendo a flote en esta crisis del Covid 19, especialmente como crisis de hábitos en las formas de vida cotidiana y de la estabilidad *emocional* de millones de personas. Lo he percibido, pues, como una cierta *licencia* (¿una nueva hegeliana astucia de la razón?) para no tener que dejar de lado las teorías conocidas y el ruido de las disputas entre sus representantes, al menos por el tiempo de este “estado de alarma”, esto es, para no tener que arriesgarse a “pararse a pensar” en lo que acontece, sin muletas o intereses teóricos preconcebidos. Pensar, sobre todo en un momento de crisis como el actual, me parece a mí, requiere la disposición de abrir los ojos y el corazón para dejarse afectar por lo que está sucediendo *alarmantemente* en torno nuestro y en nosotros mismos como personas e “intelectuales”. Es lo que quiero indicar con ese “pararse a pensar”, que entiendo ciertamente como un primer deber de nuestro “oficio”.

¿Que el cumplimiento de este deber no es fácil? De acuerdo, porque exige, sin duda alguna, un esfuerzo que puede desconcertarnos como personas y como intelectuales. Pero me parece que se trata de un mandato de elemental honestidad intelectual. Doy, para justificar mi parecer, dos razones que están íntimamente entrelazadas entre sí. Primero, porque su cumplimiento motiva a la concretización del incómodo proceso de aprendizaje que conlleva la disposición de la afectación, en el sentido de la experiencia de meterse en la piel de los contemporáneos que sufren en carne propia la crisis. Y segundo, porque esa visión de la crisis desde las preocupaciones y los miedos del otro es lo que en verdad nos da una base de vida real para decidir si es oportuno o no recurrir a nuestra “reserva” de teorías en la búsqueda de buenas explicaciones del sentido de la situación en la que nos encontramos hoy; pero también para el discernimiento de la vitalidad de las ideas por las

que apostamos como respuestas a la crisis, vengan éstas de la “reserva” o sean creaciones nuevas.

Dijo que estas dos razones están entrelazadas y que hay que verlas como dos momentos de un mismo movimiento. Pero me permite destacar que la primera resume lo que en mi opinión es realmente decisivo, a saber, que el intelectual esté dispuesto a deponer toda pretensión de “preceptor” y, compartiendo lugares donde pulsa la vida, se decida a buscar en compañía respuestas a las necesidades que se manifiestan en la situación vital de la “criatura agobiada”, para decirlo con una expresión bíblica retomada por el joven Marx.

En segundo lugar quiero apuntar un aspecto que se desprende de lo últimamente dicho.

La impresión de impotencia de la que aquí hablo tiene que ver también con el lugar desde el cual los intelectuales usualmente pensamos: Universidades, institutos de investigación, fundaciones, etc. Es decir que se habla desde lugares que no solamente confieren por lo general una alta estabilidad laboral y una buena seguridad económica a sus docentes e investigadores, y que gozan además de un amplio reconocimiento social, sino que son también, y esto es lo que me interesa subrayar ahora, lugares en los que la regla es estudiar los “problemas de la gente” como “cuestiones” que ciertamente importan y ante las cuales también se toma posición, pero que en el fondo quedan lejos existencialmente. Y esta lejanía existencial de los lugares desde los que usualmente pensamos con respecto a la vida cotidiana de la gente, es para mí también la que explica la impotencia que se refleja, por ejemplo, en discursos que resaltan las ventajas que puede tener el confinamiento forzado para el cultivo de “lo esencial” en la vida y dan consejos para ello. Pues, pregunto retóricamente, ¿no significan tales “consejos” desconocimiento de las condiciones de vida y de las preocupaciones de la mayoría de las personas a las que la pandemia del Covid 19 afecta más directamente en sus vidas: los que han enfermado, los que han perdido familiares o amigos, los que han perdido o temen perder el empleo o su vivienda? ¿No reflejan tales “consejos” desconocer la fragilidad emocional de la “criatura agobiada” y la violencia doméstica a la que puede llevar una situación de encierro en condiciones precarias? Creo que es así realmente. Y por eso doy a pensar con intención autocítica lo siguiente: Para remediar nuestra impotencia ante una crisis como la actual, los intelectuales necesitamos, sin duda alguna, mejores recursos teóricos, pero cierto me parece también que necesitamos buscar aquellos lugares que dan verdad y veracidad a nuestro “oficio” (Ignacio Ellacuría).

Y por último esta tercera observación.

Los filósofos conocemos el giro fenomenológico impulsado por Edmund Husserl con la intención de corregir el rumbo de una filosofía que, a su juicio, había perdido el sentido de las cosas. De ahí su lema: “Vuelta a las cosas mismas”. Lo recuerdo aquí porque mucho de lo que se escribe sobre la pandemia actual, justo es reconocerlo, parece hacerse eco de este giro. Pero lo escrito muestra igualmente que hoy este giro solo no basta. Y en este sentido termino con esta idea: La búsqueda de nuevos lugares que remedien nuestra frecuente impotencia para hablar (¡con peso de vida!) de los problemas que afectan la vida y la convivencia humanas, debe ser acompañada también por un giro que complemente nuestra “vuelta a las cosas mismas” con una *vuelta a nuestros contemporáneos*. Pues como interlocutores vivos nos son indispensables para comprender, por ejemplo, que lo “esencial” para el sentido de una vida puede darse también en el rato de descanso tomando aire fresco al lado de la colega enfermera con la que se han pasado horas al cuidado de un paciente o en el compartir la pausa del cigarrillo con el “copain” con el que se limpia una estación de trenes.

1 En esta obra se recogen, entre otros, trabajos de Giorgio Agamben, Alain Badiou, Judith Butler, Jean Luc Nancy y Slavoj Žižek.

2 En esta compilación se publican las tomas de posición de Leonardo Boff y Byung-Chul Han, también entre otras muchas.

3 La obra contiene, entre otras, consideraciones de Emanuele Coccia, Enrique Dussel, Arundhati Roy y Fernando Savater.



**"El que nace pobre y feo,
tiene grandes posibilidades
de que al crecer..."**

**se le desarrollem
ambas condiciones."**

LES LUTHIERS

MI HOMENAJE A MARCOS MUNDSTOCK, "LA VOZ" DE LES LUTHIERS

MARCOS, ¿DÓNDE CARAJO ESTÁS?

JORGE CARRO L.

Durante 80 años, aproximadamente, Lector de Tiempo Completo

Así, durante un año (1968), fueron mis preguntas casi diarias, ya que por esas cosas locas, fui Director Creativo de la Agencia donde Mundstock era redactor.

Yes verdad que casi nunca supe (sabíamos) dónde mierda se había metido Marcos; quizá estaba en el "Florida Bar" o en "La Escalerita" o pergeñando lo que sería "Blanca Nieves y los Siete Pecados Capitales" (que se estrenaría en 1970, en el Di Tella Bienamado) o que le estaría mostrando su flamante (y primer) bulín a la flaca que soportaba a Lanza del Vasto.

Por eso no puedo –ni quiero– darle pelota a la noticia que traen casi todos los diarios, ya que para mí, por siempre, Marcos puede ser que esté en el "Jockey" o en el "Bar-bar-o" o engolando su voz para que el audio de un noticiero semanal tuviera "vida", esa vida que quieren quitarle las noticias.

No fui amigo de Marcos Mundstock y lo lamento, eso sí, fuimos compinches durante un tiempo de crecimiento. La última vez que nos vimos (aquí en Guatemala) nos citamos como siempre lo hicimos, en el tiempo, y es lo que seguiremos haciendo... ¡Te quiero un montón!



GEDEÓN Y SU GUARDARROPA

VÍCTOR MUÑOZ
Premio Nacional de Literatura

-Acompáñame a comprar una camisa -me dijo Gedeón una tarde de sábado en que yo me encontraba en mi casa mirando un partido de fútbol por la televisión. Como eso del fútbol ya me está comenzando a provocar cierto cansancio, accedí a acompañarlo.

Me dijeron que por ahí frente a la Tipografía Nacional hay unas ventas donde se puede conseguir buena ropa y a buen precio -me explicó.

Nos fuimos caminando, ya que mi casa queda relativamente cerca del centro. Durante el camino me contó que estaba contento porque probablemente ganaba sus cursos en la Universidad. Que en cuanto se graduara se pondría a buscar un mejor trabajo y que lo primero que haría sería comprar un carro porque eso de andar en buses urbanos es la muerte.

Gedeón es un típico ciudadano cuyas preocupaciones giran alrededor de resolver sus problemas económicos y su gran realización consiste en comprar un carro.

Como se trataba de una tarde de sábado había mucha gente por las calles. Visitamos varios negocios de esos que hay en la calle, hasta que a Gedeón le llamaron la atención unas camisas que estaban colgadas en unos ganchos. El propietario le preguntó qué deseaba.

-Aquí, viendo las camisas -le respondió Gedeón.

El comerciante le explicó lo de la buena calidad y el diseño, muy de moda en estos tiempos. Gedeón escogió una de color amarillo PAN.

-¿Me la puedo probar? -le preguntó al comerciante, quien sólo se sonrió y durante un momento no supo qué hacer, hasta que le dijo que estaba bien, que se la probara; entonces Gedeón se quitó la camisa que llevaba puesta y me la entregó, mientras procedía a probarse la nueva. Se la jaló para todos lados, se fue a mirar contra el vidrio de una vitrina que le sirvió como espejo, me pidió mi opinión al respecto y yo, en el ánimo de que dejara de quitarse la ropa en la calle, le dije que le quedaba muy bonita, aunque la verdad es que como él es moreno tirando a prieto, con esa camisa se miraba como aquellos pájaros que se llaman oropéndolas.



-¿Y esos pantalones? -le preguntó al comerciante.

-Sí, mi jefe, -le dijo el otro- ahí están los pantalones.
¿Qué talla quiere?

-Yo digo que 34 -le respondió Gedeón.

-Aquí está, mire -le dijo, mientras le daba uno.

-¿Qué te parece? -me preguntó.

Yo le respondí que me parecía muy bien.

-¿Ni sabés qué? me lo voy a probar.

-Mirá, Gedeón, ¿cómo se te ocurre que te vas a probar el pantalón aquí, a media calle? -le dije, un tanto alarmado.

-¿Y por qué no? -me respondió, mientras se comenzaba a quitar el pantalón. Se quedó en calzoncillos. Y llevaba unos calzoncillos color zapote. Y el comerciante sólo nos miraba, entre divertido y asustado. Y la gente también se lo quedaba mirando. Y Gedeón se probó el pantalón.

-¿Vos qué creés? -me preguntó.

Con tal de que se apresurara le dije que le quedaba muy bonito.

-¿Verdad que sí, vos? -me dijo, muy ilusionado él.

-Claro que sí, -le dije yo- y mejor si de una vez te lo llevás puesto.

-Fijate que no, -me respondió- porque quiero estar de estreno mañana.

Entonces de nuevo procedió a quedarse en calzoncillos y a ponerse el pantalón que llevaba puesto. Y la gente seguía pasando. Y unos se quedaban mirando y se reían. Otros hacían un gesto de desaprobación. Y yo ahí parado, tratando de hacer como que la cosa no era conmigo. Una niñita se detuvo a observar y la mamá se la llevó a puros gritos y jalones de pelo.

Gedeón pagó el importe de su compra, tomó la bolsa plástica con la ropa y nos fuimos de ahí.

-¿Ya te diste cuenta que todo está bien barato por acá, vos? -me preguntó.

Le respondí que claro, que tenía razón, mientras me juraba, una vez más, nunca volver a acompañarlo a ninguna parte.

EL AÑO DE LA PESTE, PELÍCULA DE ANTICIPACIÓN CON ARGUMENTO DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

DENNIS ORLANDO ESCOBAR GALICIA

Periodista

En 1979 se estrenó en México El año de la peste, película producida y dirigida por Felipe Cazals, con argumento de quien tres años después sería Premio Nobel de Literatura 1982. La iniciativa fue de Gabriel García Márquez, quien le propuso a Cazals realizar una película de anticipación. Al poco tiempo de aceptar el cineasta mexicano, Gabo le llevó el argumento basado en la novela Diario del año de la peste, de Daniel Defoe; además le solicitó que en el guion final participaran dos jóvenes cineastas, elegidos en concurso.

La película fue anunciada con un flamante poster que decía: ¿Por qué nos ocultan lo que pasa? ¿Por qué nadie nos dice la verdad? ¿Por qué no quieren decir que ha llegado? Además del nombre del productor y director se publicó el de García Márquez y el de los dos jóvenes que redactaron el guion final: Juan Arturo Brenan y José Agustín. Aspecto sobresaliente fue la lista de reparto: Rebeca Silva, Alejandro Parodi, José Carlos Ruiz, Tito Junco, Héctor Godoy, Ignacio Retes, Humberto Elizondo, Leonor Ilausas, Ramón Hernández, Daniela Romo, Narciso Busquetz, Zuly Keith, Arlette Pacheco.

Ahora en 2020 -cuando el Covid 19 confina al mundo- algunos se dedican a la lectura y la cinefilia. Lo más comentado es el libro de Albert Camus, *La Peste*, inspirado en la obra de Defoe; y de lo más visto el filme de Wolfgang Petersen, *Epidemia*. Pero son muy pocos los que se refieren al relato ficticio de Daniel Defoe (*Diario del año de la peste*), publicado en 1722. Tal vez porque del escritor inglés solo conocemos su tan difundida obra *Robinson Crusoe*. ¡Tantas versiones en pantalla! Tampoco se menciona la película *El año de la peste*, no obstante que es de nuestro vecino país y con argumento del autor de *Cien años de soledad*. Probablemente se desconoce que el famoso literato colombiano fue un apasionado del cine. Él nada menos cofundador de la Escuela Latinoamericana de Cine, en Cuba.

Afortunadamente los mexicanos sí están hablando -aunque un poco quedito- de su película ganadora del Premio Ariel a Mejor Película 1980. La califican como filme de anticipación o película profética y hasta la recomiendan para tomar decisiones en la actual pandemia. ¿Qué nos diría el padre de la idea, Gabriel García Márquez, si no hubiese fallecido en 2014? Felipe Cazals, el laureado director de *Canoa*, *El apando*, *Las Poquianchis...* y muchas más, aún vive y se aproxima a los noventa años. Debe sentirse muy satisfecho y por eso no ha dicho ni pío.

«En una gran ciudad con 15 millones de habitantes comienzan a producirse extrañas muertes de ciudadanos. Dos médicos comienzan a sospechar que la causa no es una simple neumonía como todos piensan sino que radica en una peste similar a la que sucedió en la Edad Media. Las autoridades así como los medios de prensa, influenciados por éstas, niegan a la población la



existencia de tal mal y no toman las acciones necesarias para eliminarlo». (Sinopsis de FilmAffinity).

La película inicia con el siguiente párrafo: «**Ha sido un buen día para todos, incluso para Dios. No hay lluvia. No hay indicios de sangre o peste.**» Henry Miller. En seguida aparece la escena de la línea 3 del Metro del Distrito Federal mexicano: un hombre de la tercera edad se desmaya sobre un grupo de pasajeros que solicitan auxilio.

El pasajero del Metro, el primero de los casos, es ingresado al hospital donde muere supuestamente por trombosis pulmonar o neumonía. El médico asistente entra en dudas porque empiezan a llegar otros con iguales síntomas: escalofríos, temperatura alta, dolor de cabeza y cuerpo. Los familiares creyeron que sus enfermos tenían gripe, y por eso no se alarmaron. «Los síntomas son como de una gripona», dijo acá el presidente Giannmattei.

El Dr. Sierra Genovés se entrevista con autoridades de salud y de Gobierno y les pide tomar medidas urgentes porque ha surgido una epidemia mortal. Las altas autoridades se portan escépticos y optan por sobornar a empresarios de medios de comunicación para que oculten la verdad. Además adelantan las vacaciones escolares para evitar contagios e inician acciones desordenadas.

En el filme se exponen escenas dramáticas, como cuando las brigadas de desinfección impiden el ingreso de todo tipo de vegetales al interior de la ciudad, así como también cuando asperjan desinfectantes sobre los indigentes y niños de la calle. También hay de supermercados sin productos de consumo rápido como las verduras, frutas y carnes, tan solo con estantes de enlatados y comida chatarra. Escenas dantescas de trabajadores de limpieza llenando los camiones recolectores con cadáveres de

personas. Tomas fotográficas en aeropuertos saturados de personas que huyen al extranjero. Panorámicas de pobladores apedreando iglesias porque sus capellanes las cierran para evitar contagios. Y los batallones antimotines reprimiendo a la gente por destruir el patrimonio cultural.

Otra de las escenas impactantes es la reunión presidencial y el consejo de ministros que discuten estrategias políticas y la importancia de priorizar la salud o la economía. En ella abundan discursos clasistas, racistas y malthusianos. Ante el dilema de quién fue primero ¿el huevo o la gallina? concluyen cantinflascamente: «es importante jerarquizar las crisis porque el flagelo ya llegó a los barrios ricos».

Tras escena los politicastros más rastreros llegan a la residencia del presidente a despertarlo con las mañanitas mexicanas, y con grandes vítores celebran cuando su señoría dice: «En mi sexenio no hay ni habrá peste».

Al final de la película, en una calle inundada de porquería y con el doctor Sierra Genovés caminando con desánimo, aparece el texto siguiente: «132 días después, tan sigilosamente como había llegado, la peste desapareció de la ciudad. Oficialmente, la epidemia no existió, las 350,000 muertes que causó fueron atribuidas por las autoridades a un lote vencido de productos dentífricos distribuidos ilegalmente por un consorcio farmacéutico transnacional».

El año de la peste tiene muchas semejanzas con el comportamiento mayoritario de gobiernos y ciudadanos latinoamericanos en la actual pandemia, principalmente entre quienes actúan de manera responsable y los que creen que «no es para tanto» y desatienden las recomendaciones para evitar enfermarse y enfermar a los demás, así como entre quienes hacen prevalecer sus intereses económicos por encima de la salud y la vida del prójimo. Tanto en la película como en la realidad actual se trata de evitar a cualquier costo que no se afecte la industria, el comercio, el turismo y demás sectores considerados como fundamentales para producir riqueza. La vida, la salud y hasta la educación parecen no importar.

En la película también se evidencia el irrespeto que tiene la ciencia por parte de politiqueros y sectores oligárquicos, a quienes poco importa el conocimiento científico y la verdad en beneficio para todos. La burocracia y la corrupción son otras de las similitudes y que obstaculizan la práctica de acciones para enfrentar con prontitud y certeza flagelos como las epidemias.

El papel de la prensa que se somete al dinero y al poder para ocultar la información es otra de las semejanzas, así como la estupidez de funcionarios públicos y charlatanes que se aprovechan de la tragedia para vender o sugerir falsas medicinas, y la actitud de ignorantes que discriminan y agraden a los apestados.

El año de la peste es una película recomendable para ver en esta situación difícil. Los autores hicieron una película bastante verosímil y que cuarenta años después su temática se repite en muchos países, principalmente los latinoamericanos.

La película está disponible en FilminLatino.

POESÍA

CRISTINA PERI ROSSI

Cristina Peri Rossi (Montevideo, Uruguay, 12 de noviembre de 1941) poeta uruguaya exiliada en España desde 1972 y residente en Barcelona. Lorena G. Maldonado nos dice

de esta poeta: Es una intelectual pionera, una rebelde exquisita y la única escritora vinculada al boom latinoamericano. Y agrega: Además de su faceta insurgente, Peri Rossi no ha parado de

escobar en sus versos la temática del erotismo, y, en concreto, la sensualidad lésbica. El 8 de junio le entregaron, en forma virtual, el Premio José Donoso 2019.

Oración

Líbranos, Señor,
de encontrarnos,
años después,
con nuestros grandes amores.

Dedicatoria

La literatura nos separó: todo lo que supe
de ti
lo aprendí en los libros
y a lo que faltaba,
yo le puse palabras.

La extranjera

Contra su bautismo natal
el nombre secreto con que la llamo: Babel.
Contra el vientre que la disparó
confusamente
la cuenca de mi mano que la encierra.
Contra el desamparo de sus ojos primarios
la doble visión de mi mirada donde se
refleja.
Contra su activa desnudez
los homenajes sacros
la ofrenda del pan
del vino y el beso.

Contra la obstinación de su silencio
un discurso largo y lento
salmodia salina
cueva hospitalaria
signos en la página,
identidad.



Historia de un amor

Para que yo pudiera amarte
los españoles tuvieron que conquistar
América
y mis abuelos
huir de Génova en un barco de carga.

Para que yo pudiera amarte
Marx tuvo que escribir El Capital
y Neruda, la Oda a Leningrado.

Para que yo pudiera amarte
en España hubo una guerra civil
y Lorca murió asesinado
después de haber viajado a Nueva York.

Para que yo pudiera amarte
Catulo se enamoró de Lesbia
y Romeo, de Julieta
Ingrid Bergman filmó Stromboli
y Pasolini, los Cien Días de Saló.

Para que yo pudiera amarte,
Lluís Llach tuvo que cantar Els Segadors
y Milva, los poemas de Bertolt Brecht.

Para que yo pudiera amarte
alguien tuvo que plantar un cerezo

en la tapia de tu casa
y Garibaldi pelear en Montevideo.

Para que yo pudiera amarte
las crisálidas se hicieron mariposas
y los generales tomaron el poder.

Para que yo pudiera amarte
tuve que huir en barco de la ciudad donde
nací
y tú resistir a Franco.

Para que nos amáramos, al fin,
ocurrieron todas las cosas de este mundo

y desde que no nos amamos
sólo existe un gran desorden.

*Selección de textos
por Gustavo Sánchez Zepeda*





LA VIVENCIA ESTÉTICA LEJOS DE ESTE MUNDO

LEOPOLD STOKOWSKI

Todos hemos sentido el haber sido llevados, mediante el mágico poder de la música, lejos de este mundo, hacia estados de emoción de irresistible poder y misterio, completamente desconectados de nuestra vida real, a veces temerosos, otras con una visión extática de la belleza, en una tierra de ensueño que jamás olvidaremos, en lugares de nuestra más profunda consciente comprensión, visión e inspiración...

Es en estos profundos planos de nuestro ser consciente, en nuestros más fuertes y hondos sentimientos, donde hallamos la quintaesencia de la música. Un músico verdadero que se concentre así se abstrae por entero. Las facultades existentes dentro de su subconsciente entran en acción: para ellas no tenemos nombre alguno. Se convierte en centro de fuerzas infinitamente mayores que ninguna de las dotes que la naturaleza le hubiera otorgado... Al escuchar la música,

los músicos y los aficionados se unifican en espíritu. Es como si los cielos se abrieran y llamase una voz divina. Algo en nuestras almas contesta y comprende. Nos referimos aquí a la música más inspirada, tratando de comprender su naturaleza y profundo significado.

La música es como una voz que habla. ¿Qué dice? ¿Quién habla? Mediante nuestra intuición podemos obtener un destello de respuesta a estas preguntas. El destello puede ser insuficiente, pero puede ayudarnos a comprender muchas cosas, algunas de ellas concernientes a la parte física de nuestras vidas; otras, a aspectos más profundos y misteriosos. La ciencia nos ayuda a comprender muchos aspectos de las fases materiales y dinámicas de la vida, pero las más elevadas cimas de la música llegan de manera conmovedora cerca del núcleo central y de la esencia de la vida misma...

Para algunos de nosotros, esa

vida íntima, la vida de ensueños, de imaginación, de visiones, es la vida auténtica, la que vivimos íntimamente. La vida externa parece precisa, consistente, concreta; pero en realidad es remota, la vida menos real. Esta vida exterior a veces nos deleita y commueve, pero con demasiada frecuencia nos decepciona. Es fugaz, superficial. La vida interna, en cambio, jamás nos decepciona, es eterna.

Por medio de la música tenemos una visión y algo dentro de nosotros responde con intenso anhelo: es la infinita sed de belleza del alma humana... En nuestros corazones sabemos que estamos en contacto con algunas de las más elevadas potencias de la vida, lo comprendemos tan sólo de una manera confusa, pero nuestra voz interior nos dice que con la más bella música vibraremos al unísono de la belleza, que es eterna. Cuando alcanzamos su última esencia, la música es la voz del todo, la melodía divina, el ritmo cósmico, la armonía universal (*Music for all of us*).